

tanto por su plan, superior al de los predecesores, como por su idea más completa de la tarea histórica que se ha podido apreciar en la simple y fugaz enumeración de algunas fuentes.

Por esto la *Crónica* marca claramente un primer renacimiento del clasicismo en España, que se continúa con la *Grande Estoria*. Pero tan prematuro y superior a su tiempo fué el estudio de la antigüedad desarrollado por Alfonso X, que el siglo siguiente no lo comprendía, y al redactarse la *Crónica de 1344*, se suprimió de ella la parte romana casi por completo. Necesitamos llegar a mediados del siglo xv, a los tiempos de Juan II y siguientes, para encontrar en España un movimiento en pro del clasicismo que se parezca al promovido por Alfonso X, y es el personificado por el marqués de Santillana.

## FUENTES MEDIEVALES.

Las fuentes de historia medieval que más continuamente maneja la *Crónica* son dos bien conocidas: el Toledano y el Tudense. Siempre el Toledano seguido con más respeto, creído ciegamente mejor, y preferido su testimonio al del Tudense, tantas veces más fiel, sobre todo en la cronología.

Al Toledano se sacrifica también la veracidad de la *Historia Roderici Campidocti*, y rara vez la *Crónica* da más crédito a otro autor, verbi gracia, a la *Historia árabe valenciana*, con ayuda de la cual corrige la cronología de los reyes moros de Toledo que da el Arzobispo; curiosa muestra de cómo entonces se imponía, como ahora se impone, la gran fidelidad cronológica de los historiadores árabes.

Entre los varios problemas relativos a las relaciones del Toledano con la *Crónica* sólo indicaré uno. Fácil es observar que el texto del Toledano seguido por la *Crónica* es, en general, afín al códice Complutense de este autor, a juzgar por las variantes indicadas en la edición del cardenal Lorenzana; pero un códice igual al Complutense no explica, en modo alguno, todos los pasajes de la *Crónica*.

En los capítulos 790 y 950 de ésta se repite un trozo de genealogía del Toledano traducido con iguales palabras, alguna de ellas muy singular, como la versión de la voz *acephali* por la de *peligro* (páginas 473 a 48 y 632 a 12); y el segundo pasaje no debe estar copiado del primero, pues más bien arguye que el que lo incluyó en la *Crónica*

ignoraba, o había olvidado, que ya ésta lo tenía puesto atrás. Por lo tanto, parece que ese pasaje fué, una y otra vez, sacado de una traducción preexistente del arzobispo de Toledo (1). Y en apoyo de esta hipótesis llamo la atención sobre dos citas que se hacen del Toledano, en los capítulos 835 y 836, referentes al cerco de Zamora: en una se dice que los zamoranos avisaron secretamente al rey Don Sancho que se guardase del traidor Vellido, y en la otra que el Cid no pudo alcanzar al fugitivo Vellido porque no se había calzado las espuelas. De nada de esto habla el texto auténtico del Toledano; pero, en la traducción de éste, que forma parte de la *Cuarta Crónica General*, se contiene el segundo pormenor, y se halla también aquel párrafo especial, arriba mencionado, en que se traduce *acephali* por *peligro*, lo cual nos lleva a suponer la existencia de una traducción antigua, fuente común que explicaría estas coincidencias parciales. Por último, la *Crónica* expresa reiteradas veces (en sus capítulos 1.050-52

(1) La opinión de Ríos, III, páginas 426 y 580, nota 2, que la *Crónica* tuvo presente cierta traducción del Toledano, está fundada en una insostenible comparación del llanto de España en ambos textos.

y 1.056-57) que utiliza una continuación de la historia del Toledano, en la que se acababa el reinado de San Fernando que el Arzobispo dejó inconcluso; y acaso esta continuación formaba un mismo cuerpo con la traducción que sospechamos (1).

Que nuestra *Crónica*, hecha en la cámara real del hijo y del nieto del rey por cuyo encargo escribió el Toledano su *Historia*, se sirva de un texto de ésta, no auténtico, sino traducido, interpolado y añadido, nos viene a confirmar, una vez más, el principio de la activa refundición de los textos históricos. Ya hemos indicado que el sobrino de Alfonso X tampoco conocía el texto verdadero de la *Crónica* mandada hacer por su tío.

Más a esta deducción, importante para el estudio de la historiografía, parece oponerse la reiterada mención que del Toledano hace la *Crónica*, expresando la lengua original del texto: «cuenta el arzobispo por su latín», y hasta copiando versos latinos del autor citado. Pero esto se puede expli-

(1) La presunción de Riaño (pág. 27 y nota 21), de que esta continuación era la de Jofré de Loaysa, se desvanece con el conocimiento que hoy tenemos de este autor.

car de varios modos, y, sobre todo, del más sencillo: suponiendo que la *Crónica* usó a la vez el original latino y una versión romance, según supone Riaño (1).

## FUENTES PERDIDAS

Claro es que, si pudiésemos reducir toda la *Crónica* a fuentes conocidas, el valor del texto sería escaso. Su mayor interés consistirá en aquellos trozos cuyas fuentes no conocemos; es decir, que por ellos llegamos a deducir una fuente hoy perdida.

Famoso es, desde hace mucho, el extenso relato de los sucesos de Valencia en tiempo del Cid, que es traducción de una historia árabe perdida. Sólo diré aquí, acerca de él, que el método de aprovechamiento del mismo ha sido deficiente; por no utilizar los manuscritos auténticos, el relato que acepta Dozy carece, en muchos puntos, de autoridad, y debe ser rehecho en gran parte (2). Este texto árabe, conservado sólo en la traducción de la *Crónica*, es, sin duda, más importante

(1) *Discurso*, páginas 19-20.

(2) Véanse algunas muestras que aduce J. Puyol en la *Revue Hispanique*, XXIII, páginas 428, nota, y 443-444, ejemplos que pueden multiplicarse abundantemente. To-

que cuantos aprovecharon las crónicas españolas medievales anteriores y posteriores. No obstante, choca el ver que el número de fuentes árabes aprovechadas en la *Primera Crónica* es escaso. Quizá se las miraba con desvío sistemático, por sobresalir demasiado en ellas un punto de vista adverso a los cristianos. En contener materia no desagradable al patriotismo castellano coinciden esta historia árabe valenciana y las noticias de la España primitiva, que son los dos principales trozos de la *Crónica* debidos a autores musulmanes. Muchos más se aprovecharon para la *Grande Estoria* (acaso porque, no refiriéndose especialmente a España, no eran odiosos), y entonces aparecieron algunas noticias que hubiera debido recoger la *Crónica*; por ejemplo, la de aquel rey de España, Rodrigo el Menor (recuérdese que los árabes solían llamar Lodric a todos los reyes antiguos de la Península), vencido y atributado por el faraón Nicrao, en tiempo del patriarca José (1).

dos pecamos en el desconocimiento de la verdadera *Crónica*, y aquí creo deber denunciar la interpretación de un mal texto, dada en la nota 2 de la pág. 37 de mis *Infantes de Lara*.

(1) *Grande Estoria*, Bibl. Nac., ms. 816, folio 94 a b.

De origen cristiano hay también importantes pasajes de fuente desconocida. Abundan en el reinado de San Fernando, como es fácil de comprender por tratarse de tiempo próximo, y parecen, en su mayoría, proceder del continuador del *Toledano*, de que acabamos de hacer mención.

Relativos a épocas más antiguas, los capítulos 815 y 816 nos descubren que los redactores de la *Crónica* tenían a su disposición un relato desconocido, que veía de un modo especial las pretensiones e influencia del rey castellano Sancho II sobre el reino musulmán de Zaragoza, y la derrota de Ramiro I en Grados.

Acá y allá, esparcidos en capítulos diversos, se encuentran breves cláusulas, con noticias de origen ignorado, que, por su forma y estilo, nos hacen suponer que proceden de un *Cronicón* perdido, el cual nos es tanto más estimable cuanto que muestra un carácter semejante al que se observa en los *Anales Toledanos Segundos*. Estos son, conocidamente, obra de un morisco, que, aunque ya incorporado a la lengua y a la cultura románica, conserva su hostilidad a los cristianos y se complace en apuntar las derrotas que éstos sufren. Lo mismo hacía el *Cronicón* perdido de que disponían

los redactores de la *Crónica*; registra cuatro derrotas, tres de las cuales deben identificarse con las referidas por los mismos *Anales Toledanos*, si bien no coinciden ambos textos en los detalles del brevísimo relato, y es un poco más pormenorizada la redacción del *Cronicón* perdido. Nos hallamos, pues, en presencia de una segunda muestra de los cronicones de la literatura aljamiada.

Otra fuente preciosa, aunque, por desgracia, poco abundante, es la tradición oral. En un fragmento del reinado de Alfonso VI ocurren bastante próximas varias citas expresas de la tradición, que caracterizan esa parte de la *Crónica*, especialmente en la redacción real, pues la redacción vulgar omite o deforma esas citas. Una de las derrotas señaladas por el *Cronicón* aljamiado, la de Albarfáñen en Almodóvar, la desmienten «los ancianos que son muy antiguos, que alcanzaron más las cosas daquel tiempo», y aseguran que fué una victoria (pág. 538 a 17). El alcázar morisco de Toledo era de paredes de tierra, según dicen «los que cuentan de lo muy anciano» (pág. 540 a 4). Y que el rey de Galicia, García, yace en León, apresado su cadáver con las mismas cadenas que le atormentaron en vida, lo aseguran «los ancianos

que más ende oyeron de esta razón» (pág. 546 b 44). Cuando la *Crónica* no cita así expresamente la tradición, es muy difícil reconocerla, y hay que huir de la comodidad de atribuirle lo que no sabemos explicar por otras fuentes. Necesitaremos una razón especial en apoyo. El estar cerca del grupo de pasajes que acabamos de manifestar, nos pudiera llevar a suponer que la noticia de la infanta doña Sancha —que sirve a Dios en el Hospital de Tierra Santa y logra del cielo un milagro— fuese otra muestra más de la predilección que por la tradición oral siente la *Crónica* en el citado fragmento del reinado de Alfonso VI.

## FUENTES ÉPICAS

De más novedad y valor que las fuentes hasta ahora señaladas es la epopeya. La historia y la epopeya son hermanas, arraigan en los mismos sentimientos y persiguen fines análogos. En ambas se realiza una doble aspiración humana: la de sobrevivir en el pensamiento de las generaciones venideras, y la de revivir la existencia de las pasadas; la vehemente necesidad de recuerdo que palpita en las generaciones presentes va en busca del

anhelo de gloria ya extinguido de las generaciones muertas, lo reanima, le da vida actual, y así la historia y la epopeya, cada una a su modo, son el doble enlacé que anuda el pasado con el presente y el futuro. Pero ambas tienen condiciones de vida muy diversas, y sus asuntos, sus recursos y su desarrollo son muy diferentes; además, la una se escribe entre los doctos, y la otra se dirige a la gente lega; así, que si la producción de los eruditos se deja influir algo por el arte de los profanos, es, por lo general, como involuntariamente y de pasada. En España la epopeya había rozado apenas con su ala el campo de la historia en épocas más atrasadas (épocas, por lo tanto, de menos separación entre ambos géneros), y ahora el gran renacimiento cultural alfonsí, en vez de ahondar las divergencias, como era de presumir, realizó una fusión completa. Las dos plantas nacidas sobre la tumba del pasado enlazaron íntimamente sus ramas. Los poemas pasan íntegros a la *Crónica*, no ya sólo en algún recuerdo fugaz como el que les consagraban el Tudense y el Toledano, sino en su trama entera, expuesta con el mayor determinimiento. Nada semejante hallamos en la historiografía francesa, a pesar de haber florecido en el

país vecino la epopeya aún más que en España (1).

La amplia fusión del caudal histórico y el épico en nuestra *Crónica*, significa desde luego un acrecentamiento del sentido artístico de la historia, como puede comprenderse; pero no es ésta la principal significación de esa novedad. El aislamiento relativo en que vivían la historia y la epopeya tenía, además de los indicados, un cierto fundamento político. La historia era generalmente una producción oficial; la monarquía y el clero eran sus dos factores esenciales: la monarquía obra e inspira, y el clero inspira y escribe según las concordancias del trono y el altar; los reyes son, pues, la materia y el alma de las crónicas. Mientras que, por otra parte, la epopeya es de la gente lega, y no muestra una atención preferente hacia los reyes, sino acaso hacia los rebeldes contra los reyes. Bien se comprende ahora cuán elevada significación tiene el hecho de que en la *Primera Crónica General* el rey y sus colaboradores áulicos no se preocupen sólo en glorificar la memoria de la estirpe real, sino que se compenetren

(1) Véase abajo páginas 140-41.

con las hazañas y los recuerdos que la nación vinculaba en los hidalgos de Salas o de Bivar, a los cuales conceden liberalmente más atención y más capítulos que a los reyes coetáneos. Antes, la historia oficial no tocaba la historia de los rebeldes al trono sino para execración de los mismos; Fernán González figura en la historia de Sampiro como un tirano desaforado, y ahora sus disensiones con los reyes aparecen vistas por la *Primera Crónica* con la misma simpatía con que las miraban los juglares, sin la menor atenuación. Otro rebelde es Bernardo del Carpio, y, sin embargo, es tratado ampliamente por la *Crónica*, la cual también acogió, sin el menor paliativo, episodios de la vida del Cid, como la jura en Santa Gadea, en el que el rey queda sospechado de fratricidio.

Nada más infundado que suponer en la *Crónica* regia un espíritu hostil contra el héroe popular, como ideó Dozy y aceptó Ríos (1). Esta suposición desconoce fundamentalmente el espíritu de los compiladores y la idea que se habían hecho de la historia.

(1) *Recherches*, II<sup>3</sup>, páginas 53-54; *Historia crítica*, III, pág. 586.

Para indicar algunas cuestiones que suscita la materia épica de la *Crónica* tomaré como base un relato sobre el que no se ha fijado debidamente la atención. Según cuenta la *Crónica* en sus capítulos 883 y 885, la princesa mora Zaida, que era «doncella grande e muy fermosa e enseñada e de muy buen contenente», hija de Abenabet, rey de Sevilla, se enamora de Alfonso VI, sin haberle visto nunca, por oír su buena fama, y le envía mensajeros, ofreciéndole la ciudad de Cuenca y otros castillos de la comarca si se casaba con ella. El rey castellano acepta gustoso tal proposición, para consolidar su dominio en el reino de Toledo; y después, de acuerdo con su suegro Abenabet, llama a España a los almoravides africanos para con su ayuda someter a todos los musulmanes de la Península. Pero los moros de allende, al desembarcar, se vuelven enemigos, matan a Abenabet de Sevilla, y vencen a su yerno Alfonso en Zalaca y en Uclés. El rey cristiano se venga después, a pesar de la traición del conde castellano García Ordóñez, saqueando a Sevilla y a Córdoba, haciendo pedazos al moro Abdalla —el matador de su suegro el rey sevillano—, y quemando a los principales de los moros enemigos.

Este relato, que más abreviado se encuentra también en el Toledano y el Tudense, tiene algo de histórico; pero en bastantes puntos es manifiestamente fabuloso, y hasta a veces se halla en abierta oposición con lo que las tres historias que lo refieren cuentan de la venida de los almoravides en otro lugar, según fuentes fidedignas. Hay, sin duda, en ese relato indudables elementos poéticos: sobre todo, la princesa enamorada «de oídas, que no de vista», como en tantos poemas y romances, y los castigos con que se consuma la venganza final. Pero esto no nos autoriza a suponer un relato versificado, un cantar de gesta, más bien que una simple leyenda en prosa, acaso oral. Desde luego, la *Crónica* expresa que se funda en una *estoria* (pág. 553 b II), aludiendo a una fuente escrita, para un pasaje que no procede ni del Toledano ni del Tudense, fuente escrita que, además, es postulada por lo muy circunstanciado del relato; mas, naturalmente, para suponer que esa *estoria* era un cantar épico es preciso algún apoyo especial, que creo existe en este caso: la historia de Zaida abunda en episodios guerreros propios de la epopeya, y uno de los personajes que intervienen en esas guerras, el conde traidor García

Ordóñez, es personaje conocidamente épico, que aparece en otros poemas con el mismo carácter odioso. Indicios nada más, pero de bastante peso. Además, la *Crónica* conoce tres versiones respecto del lugar en que la princesa mora celebró su primera entrevista con el rey castellano: «Et unos dizen que veno ella a Consuegra, que era suya et acerca de Toledo; otros dizen que a Ocaña que era suya otrossí; otros dizen aun que las vistas que fueron en Cuenca; mas las vistas ayan seido o quier, ca el fecho de lo que la Çaida querie acabósse; et nos vayamos por la cuenta de nuestra *estoria* que dize assí...» (página 553 b 8). A la *Estoria* de doña Zaida, escrita, que la *Crónica* sigue, opónense aquí otras dos variantes, sin duda escritas también, o, si acaso, orales fijadas en una forma métrica; pues no parece que serían dignas de llamar la atención del compilador, para contraponerlas a la fuente principal, dos discrepancias oídas de pasada en relatos fluctuantes, de contexto no fijado de ningún modo. Ahora bien, esta abundancia de variantes es habitual en la transmisión de los cantares, y la *Crónica* ofrece otros casos de acumulación de ellas, justificada por venir de textos muy divulgados, conocidos de

muchos, mientras que una leyenda en prosa ofrece menos variantes, y no es tan natural, dada su falta de popularidad, que fuese consultada en dos y tres redacciones diferentes por la *Crónica*.

Muy diversa es la cuestión respecto al relato de las desventuras amorosas del conde Garci Fernández, el de las manos blancas, o al del matricidio de Sancho García. También éstos aparecen en la *Crónica* con colores poéticos, más pronunciados aún que en la historia de doña Zaida; pero en ellos, en vez de elementos heroicos, hallamos sobreabundancia de aventuras novelescas. Falta la materia épica, y por eso creo que en estos dos casos de Garci Fernández y Sancho García, la *Crónica* remonta, no en modo alguno a cantares de gesta, aunque ilustre maestro lo haya juzgado así (1), sino ora a cuentos en prosa o a novelitas versificadas, ora más bien a romances juglarescos, por el estilo del del conde Alarcos, género, que, aunque pertenezca al romancero está aún bastante lejos en la epopeya.

La posible irregularidad en la extensión de los resúmenes de la *Crónica* trae dificultades para juz-

(1) Menéndez Pelayo, *Antol.*, XI, 1903, págs. 242-251.



gar lo resumido, pues se empieza por dudar si el relato breve procede de fuente breve, y si la falta de ciertos caracteres en el resumen procede de ausencia de ellos en el original o de su eliminación en la *Crónica*. Creo que la *Crónica* sigue normas muy variables en cuanto a la amplitud en resumir, sobre todo según que su inspiración en el original poético es enteramente directa o no; así, no me cabe duda de que la brevedad en los relatos de doña Zaida y del infante García (éste derivado de un *romanz*, expresamente citado por el compilador) proviene en parte de que la *Crónica* se atiene más o menos a resúmenes hechos antes por el Toledano y el Tudense, quienes, en su calidad de historiadores latinos, habían abreviado mucho sus fuentes vulgares; en cambio, la máxima extensión dada al resumen del *Mio Cid* puede provenir de que la *Crónica* se sirviese de una anterior prosificación, hecha con toda amplitud en el monasterio de Cardeña, al cual especialmente interesaba ese héroe. No obstante, creo que, prescindiendo del caso del resumen más prosaico y sin ningún discurso directo en que se nos ofrece la historia de Zaida, en todos los otros resúmenes más circunstanciados (donde se llega a usar el diálogo como signo más

visible de mayor detenimiento), es posible en la *Crónica* vislumbrar la amplitud de los originales; y vemos marcarse tres tipos de poema, sobre cuya extensión podemos aventurar aquí un cálculo, fundado tan sólo en la proporción que hay entre los capítulos de la *Crónica* derivados del poema de Fernán González y el número de versos de éste (1).

En primer lugar, hallamos una forma de grandes dimensiones, a la cual pertenecen el poema de *Fernán González*, que en su estado completo tendría 3.500 versos, y el *Cantar de Zamora*, con una extensión semejante; esto es, composiciones de una longitud análoga a la del *Cantar del Mio Cid* que hoy conocemos. El *Mio Cid* que usaba el compilador era una refundición dilatada del poema primitivo, en la que ya se observan los síntomas internos de la decadencia de la poesía heroica, a los cuales se viene a sumar el síntoma externo de la gran longitud, pues, a juzgar por la *Crónica*, no tendría menos de 5.500 versos, u 8.000, si acaso formaban parte de él los capítulos finales de la vida del héroe. La extensión de estos

(1) Repetiré este importante cálculo con más detenido estudio.

cantares es siempre menor que la de las *chansons* francesas.

Pero además había un tipo menor de cantar de gesta, representado por el de los *Infantes de Salas* y el de *Bernardo del Carpio*, que debían tener tan sólo unos 1.500 versos.

En fin, todavía hay un tipo mínimo, al que pertenecen la historia de *Mainete* y la del *Infante García*, que podrían tener 500, 600 versos, o cosa así.

Ahora observemos que la *Crónica* emplea, repetidas veces, para las dos primeras clases, el nombre de *cantar*, y, para la última, usa una vez el de *romanz*; y nótese que el *Mainete* y el *Infante García*, según nuestro cálculo, tendrían una extensión semejante a los romances del *Marqués de Mantua* (760 versos), del *Conde Dirlos* (680 versos), del *Conde Alarcos* (215 versos). Y con esto llegamos a la importante presunción de que los nombres *cantar* y *romanz* no están empleados del todo indistinta y caprichosamente por la *Crónica* (I), sino que en tiempos de ésta se hacía ya, en

(1) Claro es que voces como *cantar* y *romance*, de contenido semántico inicial tan vago, de aplicaciones tan

la producción épica, la misma distinción que hemos de aceptar en la asendereada frase del marqués de Santillana referente a los «cantares e romances». No es este el lugar de poner de manifiesto las importantes conclusiones que esto encierra para la historia literaria, ni de establecer las debidas diferencias entre la poesía del siglo xiii y la del xv, en que ambas denominaciones se repiten.

Podrá, acaso, rechazarse nuestra explicación de la sequedad del relato de *Zaida*, y proponer otra: la de que esa leyenda no estaba versificada, ya que en la *Crónica* no se hallan rastros de lenguaje poético ni métrico en esa parte, como se hallan en la parte de Bernardo, de Fernán González, de los Infantes y del Cid; y se puede añadir que, de la forma métrica original de estos relatos que se

varias, no podían tener una delimitación precisa, seguramente aplicada siempre. *Romanz* se aplicaba también a poemas extensos (v. *Cantar de Mio Cid*, pág. 16), y la misma *Crónica*, en la leyenda de Bernardo, usa juntas las expresiones «romances et cantares» (pág. 375 a 27); «cantares e fablas de gesta» (351 a 21, 355 b 49, 356 b 24) no sabemos con qué sinonimia o con qué diferenciación. Pára P. Rajna (*Romanic Review*, VI, 1915, pág. 12, n. 37) las dos voces parecen sinónimas en el texto de la *Crónica*, pero acaso no en el de Santillana.